

ACTAS Y MEMORIAS
DEL
IX CONGRESO INTERNACIONAL
DE HIGIENE Y DEMOGRAFÍA

CELEBRADO EN MADRID EN LOS DÍAS 10 AL 17 DE ABRIL DE 1898

bajo el patronato de SS. MM. el Rey D. Alfonso XIII y la Reina Regente del Reino.

TOMO VI

CLASE 1.^a—HIGIENE

Sección 6.^a

Higiene infantil y escolar.



6.^m Section.

*Hygiène de l'enfance et hygiène
scolaire.*



Publicación dirigida y redactada

por el

DR. ENRIQUE SALCEDO Y GINESTAL

Secretario adjunto del Congreso

Y LOS SECRETARIOS DE SECCIÓN



MADRID

IMPRENTA DE RICARDO ROJAS

Campomanes, 8.—Teléfono 316.

1900

MEMORIAS

NÚM. 1

1048.173
Nota sobre el «Surmenage» y medios para evitarlo, ó sea de la higiene del «Surmenage», por el profesor D. Federico Rubio.

De la higiene del «Surmenage».

Aceptamos esta palabra exótica para nosotros. Quiere significar el estado de *alelamiento* que produce en los jóvenes el trabajo intelectual, desmedido y recargado.

No hemos de ocuparnos de sus síntomas ni diagnóstico. Hay demasiado que decir de su higiene, para repetir cosas ya dichas y sabidas.

Todos convienen en que el mal procede del acúmulo de asignaturas ó ciencias diferentes que los planes de estudios obligan á aprender en cada curso para examinarse.

Convenimos en esta causa.

Pero la Higiene no cumple con denunciar el mal. Desde que lo advierte y lo denuncia, está obligada á proponer el remedio. No basta decir: «Aquí hay una charca pestilente.» Es preciso agregar: «Así debe sanearse y desecarse.»

Desecar la laguna que determina el *surmenage*, es difícil, pero no imposible.

En esto, como en la comparación establecida, hay mucho que procede de abusos; de echar al agua las inmundicias, etc.

Echar inmundicias al cerebro de las criaturas, es obligarlas á estudiar textos imposibles de tres y cuatro tomos. Echar basura á la charca, proponerle el maestro su propio lucimiento, *elevándose*—como suelen decir—en sus discursos, en vez de *bajarse*, partiendo de la ignorancia del que escucha para facilitarle con pocas palabras y la posible sencillez, que vaya poco á poco y grado á grado ejercitando su propia inteligencia en la materia.

Con sólo corregir estos y otros abusos que no queremos enumerar, ya sus- traeremos bastantes causas á la insania cerebral.

Pero deseo dirigir á otro lado la atención del Congreso. Los abusos, si no se corrigen, es por complicidad generalmente cobarde; otras veces malicio- sa: un amigo, un deudo, un compañero.

Lo que vamos á decir es más grave. Procede del error. Cuando está arraigado en usos y costumbres, pasa como verdad inconcusa, y el que clama contra él, da voces en el desierto.

Venimos ante vosotros á clamar contra la enseñanza secular, acusándola de productora y causa principal del *surmenage*. Y como sería imposible ex- tender y probar nuestra acusación á toda clase de enseñanza, nos reducire- mos á la enseñanza de la *Cartilla* por donde aprendemos el abecedario y silabario. Y si demostramos sus errores, su irracionalidad, sus convencionalis- mos pedantes, y que todo ese conjunto atrasa la instrucción de las criatu- ras, violenta sus naturales facultades lógicas, alela sus mentes y las debilita, ya nos daremos por contentos. Y si de esta critica surge el remedio en este primer paso de la enseñanza, nos consideraremos dichosos; pero mucho más si veis aquí la pauta y norma de cómo se pueden y se deben enseñar las de- más cosas que están bajo el dominio de la humana inteligencia.

Del abecedario.

Comienzan los abecedarios por decir que hay tantas ó cuantas letras *vo- cales*, y tantas ó cuantas *consonantes*.

Ya tenemos que notar un *error padre*, error original de malas conse- cuencias. A saber: que tales vocales no son vocales, ni se hacen en la boca ni con la boca.

Dos de las así llamadas, la *a* y la *e*, son pura y exclusivamente laringeas. La *i* y la *o*, laringo-faríngeas, y la *u*, laringo-faríngea-bucal; pero sólo bu- cal para crecer su resonancia.

Los señores Congresistas, como anatomo-fisiólogos, no necesitan prue- bas. Basta lo dicho para que asientan y digan: «Verdad que las vocales no son tales vocales.»

Pues sigamos adelante. Las llamadas consonantes, no están así tan mal llamadas. Deja la palabra entrever un sentido de verdad, aunque no refle- xionado. Sin duda que al denominarlas así, fué porque advirtieron que no sonaban solas, sino unidas á alguna vocal. Luego ya entrevieron que había letras que sonaban por sí solas: la *a*, la *e*, la *i*, la *o* y la *u*; y que había otras que, como la *b*, *m*, *n*, etc., por esfuerzos que se hicieran, no sonaban sino unidas ó apoyadas en la *a*, *e*, *i*, *o*, *u*.

Si los gramáticos hubiesen dejado de ser pedantes siquiera por esta vez,

hubiesen llamado á las vocales *fónicas*, y á algunas de las consonantes *afónicas*; y con esto, y con fijarse en que en su lista de consonantes habia cinco letras con sonido propio, aunque imperfecto, hubiesen caído en la cuenta de que no tenían que quebrarse la cabeza para fraguar un alfabeto y silabario artificioso, complicado y endiablado, tomando el rábano por las hojas, ni sacrificado el sonido por el signo, sino al contrario; ateniéndose á la fonética como lo natural, lo principal, lo lógico y espontáneo, con dar á cada fónica su signo, salía en una pieza abecedario y silabario hecho.

Así hubieran observado que tanto los sonidos simples los laringeos — como los compuestos — silábicos — los emite la criatura fisiológica, natural y espontáneamente *sin que nadie se los enseñe*. Haber supuesto lo contrario por esa fatal obsesión del pedantismo, orondo en la ridícula persuasión de que al niño se le enseña á hablar por arte de gramática, origina otro error causante del *surmenage*.

De dicho error proceden infinitas dificultades y artificios, comenzando por la invención de letras inútiles, de valor inconstante y convencional, como la *c*, la *x*, la *h*, la *q*, etc.

No hay, ni puede haber, ni debe haber, más signos que sonidos, ni más letras que las correspondientes á las fónicas y *ruidosas* puras ó modificadas en el aparato bucal.

Ateniéndose á dichos principios, los signos que resultan son los siguientes:

Fónicos.—Sonidos que emiten las criaturas cuando lloran: *a, e, i, o, u*.

a, e.—Laringeos.

i, o.—Laringo-faringeos.

u.—Laringo-faringo-bucal.

El llanto, por consiguiente, no el maestro, enseña al niño esos cinco sonidos, *a...a...a...*, *e...e...e...*, *i...i...i...*, *o...o...o...*, *u...u...u...*

Los ruidos, que también natural, espontánea y fisiológicamente produce la criatura, son cinco.

Ruidosos.—Dos redoblantes ó de carretilla.

Dos soplantes ó silbantes.

Uno de gruñido ó rugido.

El último debe suprimirse y no darle signo. Es atávico, recuerda el gruñido del cerdo, el bramido de las fieras, etc. Los niños lo producen en sus rabietas, y los hombres en los momentos de coraje y mal humor. Se produce arrojando el aire por las narices y contrayendo el velo palatino.

Los dos ruidos primeros, redoblantes ó de carretilla, se producen para expresar la risa. Uno vibrando el velo del paladar á modo de gargarismo. Es el *ajito* del niño que las madres provocan diciendo á las criaturas: «Ajo, ajito al nene.»

El segundo vibrando la punta de la lengua; ruido de tórtola, signo de sa-

tisfacción del niño, que después perfecciona en *r*, como convierte en carcajada, *ja... ja... ja...*, el redoblante del velo palatino.

De los dos ruidos soplantes, uno resulta de soplar hacia abajo y se transforma en *s* y en silbido; otro de soplar hacia arriba, que se convierte en *f*.

Con los sonidos del llanto y los ruidos de la risa y de soplar constituye la naturaleza humana su alfabeto, así en Europa como en las demás partes del mundo. Dicho alfabeto se completa ó amplía con las afónicas, las cuales, aunque no suenan por sí, apoyándose en alguno de los sonidos del llanto, los modifican de varios modos que dan color y fisonomía al lenguaje.

Las afónicas de los abecedarios actuales, son unas propias y otras impropias y meramente convencionales. Las últimas, por variables, caprichosas é innecesarias, deben suprimirse.

Las propias naturales son: tres derivadas de una fónica modificada por los movimientos de los labios y lengua en la función de mamar: la *b*, la *m* y la *p*; y ocho derivadas de fónica modificada por los movimientos de la lengua desde las encías al paladar en la función de la deglución: la *t*, *l*, *d*, *n*, *y*, *ch*, *k*, *ñ*.

El abecedario español, siendo de los menos complicados, cuenta veintisiete letras. No peca tanto como otros más plagados de signos inútiles; pero lleva, como los demás, el tercer pecado capital productor del *surmenage*.

Consiste en la diabólica invención de dar á las letras que solo deben ser signos de sonido, un sonido falso, caprichoso, ilógico y opuesto á la razón. El niño de teta, más racional que los gramáticos, no pronuncia *eme*, ni *ene*, ni *pe*, ni *ache*. Dice y pronuncia la *eme ma*, y la *ene na*, y la *pe pa*, y la *ele la*, y la *te ta*. Y obsérvese que cuando agota la fónica *a* primera y más fácil, entonces, y cuando ya ha pronunciado *mama* y *papa*, y *tata* y *chacha*, y *nana*, es cuando empieza á decir por lógica diferenciación *nene*, *nena* y *ama*, y otras variantes fáciles.

Pues de seguir este camino que al niño, la Fisiología y la Lógica enseñan, á seguir el insensato á que obligan los gramáticos, no hay más diferencia que la siguiente: enseñarles á los niños que su razón es falsa, y que se extravían siguiendo el camino verdadero; que lo sabio y acertado es caminar al revés. Que *ma* no suena *ma*, sino *eme*, no obstante lo cual, si se dice *eme o*, no suena *emeo*, sino *mo*, por la sencilla razón de que así lo ha dispuesto un convencionalismo majadero. Que *efe* con *i*, no suena *efei*, sino *fi*, y que *ce* con la *u*, no es *ceu*, sino *cu*; y vaya usted obligando al niño á que se acostumbre á la falsedad, á dudar de su propia razón y se acoja exclusivamente á conservar en la memoria cuantos disparates les enseñan como la verdadera y pura sabiduría.

Agréguese á lo dicho, que al cometer una falsedad, es necesario para sostenerla inventar otras; surgiendo de aquí el diabólico silabario, complicado tormento del cerebro de las pobres criaturitas.

Sin la alteración fonética, el silabario se reduce á nada.

El periodo necesario para meternos en la memoria las falsedades silábicas es larguísimo, angustioso; obliga á un trabajo de atención extraordinario.

Los niños son muy inteligentes, pero su atención está dispuesta para la movilidad, no para la fijeza. Si se les obliga á atender algunos minutos á un solo asunto, ya sea objetivo ó subjetivo, se marean y se duermen, ó se alelan y atolondran, primeros y fatales síntomas del *surmenage*. Esto de hacerles proceder contra su lógica los cansa más que si se les obligara á andar sobre las manos con la cabeza para abajo. Así los vemos estar tres y más años antes de leer y escribir medianamente; y como necesitan llevar cuenta con las sílabas, que ya unidas en la escritura usual, es difícil deslindar para pronunciarlas artificiosamente, los niños ocupados en tan penoso trabajo de atención, no pueden ponerla en lo que están leyendo, y leen y leen, y se acostumbra á leer, sin enterarse de lo que leen.

Ahora bien, señores higienistas: en nombre de la humanidad, en nombre de la ciencia que cultiváis, en nombre de la Fisiología, levantad en vuestros países respectivos la cruzada contra los errores del pedantismo; iluminad con vuestros conocimientos en las ciencias biológicas la *Nueva Pedagogía* que lucha por sustituir al pretencioso dogmatismo escolar, y ateniéndoos á los elementos fónicos de vuestros respectivos idiomas, construir, como necesidad primera, un abecedario que suprima el silabario artificioso.

El abecedario fonético español que va á continuación podrá servirles de guía, teniendo en cuenta la fonética especial de cada país.

En el nuestro es el siguiente:

Alfabeto fonético.

Signos de los sonidos laríngeos ó del llanto:

a e i o u.

Signos abreviados de los mismos para facilidad de la escritura:

ȧ ė i̇ ò ù̇.

La *a*, como normal, no hay que significarla sino en pocos casos. Es la fónica natural primera y que exige menos esfuerzo para su emisión; por tanto toda afónica que no lleve encima el signo de otra fónica, se pronunciará constantemente sobre la *a*.

Signos de los ruidos.

De la risa, *g, r.*

Del soplar, *s, f.*

Signos de las afónicas.

b m p.

t l ð n y c k ñ.

El signo *c* deberá pronunciarse *cha*, no *ce* como en los abecedarios corrientes.

Las ruidosas, como las afónicas normalmente y sin necesidad de indicación, tomarán su fónica en la *a*, según queda dicho; en tal virtud, el alfabeto se pronunciará así.

g=ga. r=ra. s=sa. f=fa. b=ba. m=ma. p=pa. t=ta. l=la. d=da. n=na. y=ya. c=cha. k=ka. ñ=ña.

Cada signo ó letra resulta así una sílaba simple que puede convertirse en lectura y escritura de multitud de palabras.

Así, *gr* suena y escribe *gara; sf, safa; bb, baba; mm, mama; mp, mapa; pp, papa; pt, pata; tl, tala; lt, lata; kñ, caña*; etc., etc. Igual simplificación se obtiene con palabras de tres ó más sílabas; por ejemplo: *ktn, catalana, ppnt, papanata; bld, balada*, etc.

Cuando la afónica no toma la *a* normal, sino que suena en *e*, en *i*, en *o* ó en *u*, se indicará con el signo correspondiente, colocado encima de la afónica; de esta suerte, *ḡḡ*, los puntos, signos de la fónica *e*, hacen que suene *pepe*. Así *p* con punto y *p* sin punto sonará *pepa*.

ḡ con fónica de *o*, sonará *po*; y así *ḡḡ* sonará *pope*, y *ḡḡ*, *popa*, etc. etc.

La escritura y la lectura resultan en dos líneas; la inferior para las afónicas generalmente, y la superior para las fónicas: *bs̄r̄*, se lee *becerro*. Dirán los gramáticos que resulta una mala ortografía; á eso vamos precisamente, á dar por el pie á la Dulcinea de los Quijotes gramaticales. Y no tienen para qué asustarse; ya les dice á los niños el testimonio de sus oídos que en la palabra *becerro* la *c* suena algo áspera y la *r* fuerte y redoblada, y como la oigan, así la pronunciarán. Si á un castellano, como castellano, *becerro*, y si á un andaluz, como andaluz, *beserro*, y si á un francés, *besero*. Pero no se escandalicen por su cara ortografía; cuando el niño sepa y domine la lectura y escritura fonética, en lo que empleará la quinta parte del tiempo que por los métodos sabios, ya aprenderá á escribir y á leer hasta armonía con *h*.

Si las afónicas se apoyan en las fónicas, otras veces las fónicas se apoyan en las afónicas; al pronunciar *alcachofa*, en *al* suena la *a* primero y la *l* después. En este caso, para que la *l* no suene *la*, sino al revés, *al*, se transporta la afónica á la línea de las fónicas, y con esto ya queda significado que se ha de pronunciar pospuesta á la fónica; así, *alcachofa* se escribe de este modo: ^l*k̄çf. Andarín, ⁿdr̄ⁿ*: *n* en línea superior *an*; *d* en línea de afónica *da*; *r* con fónica *i* seguida de *n* en línea de fónica *rin, andarín*.

Bastan pocos ejercicios para amaestrarse en la lectura y escritura.

Las sílabas uniliteras y biliteras se pronuncian y escriben por luz natural; las trilateras y cuatrilateras se signan también, y se leen fácilmente á pocos ejercicios.

Los señores Congressistas perdonarán que les haya molestado.

L^s sñ̃ r^s kⁿ grs' s t^s p^r ð nrⁿ k l^s a y m l^s t ð.

En estas frases, escritas fonéticamente, se reúnen las mayores dificultades que puede ofrecer nuestro idioma. Como se ve, á nada queda reducido el silabario; se suprimen la mitad de las letras de la escritura usual; puede escribirse con rapidez caligráfica, escritura y lectura se aprenden al mismo tiempo, asociándose y facilitándose mutuamente; el oído va en concordancia con la razón, y razón, oído, escritura y lectura producen la satisfacción que se experimenta cuando se aprende sin gran trabajo.